589

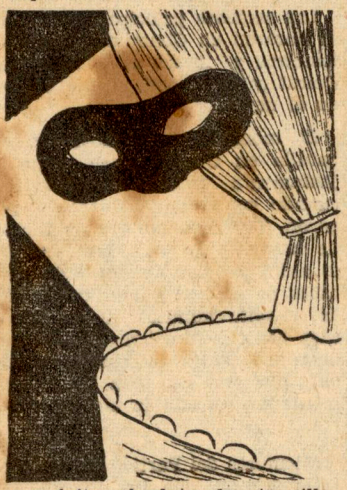
LP 02/07/1958 p.10

Una Cita Mundial en París

por *Sebastián Salazar Bondy*

Hace algunos años A.M. Julien logró que la comuna de París apoyara, por medio de una subvención estimable, la creación del Teatro de las Naciones. ¿Qué era esto?. Nada menos que la presentación, en el escenario de una vieja sala parisiense —el Teatro Sarah Bernhardt—, de diversas compañías extranjeras, procedentes de los cuatro puntos cardinales. Una especie, pues, de feria o festival del arte dramático universal, durante el cual fuera posible confrontar el progreso creador de actores, autores y directores de todo el orbe. Babel de la poesía escénica, el Teatro de las Naciones es hoy la cita mundial más importante que en ese orden se lleva a cabo en el orbe. A la manera de las que los cinematografistas realizan en Cannes, Venecia, Berlín y Punta del Este, con un gasto, por cierto mayor, este certamen internacional ha sido desde su iniciación un éxito rotundo.

Julien ha concretado, haciendo realidad un viejo sueño de Herbertot y Gemier —pioneros de la renovación escénica—, la aspiración más intensa de quienes en las urbes y en las pequeñas ciudades de los cinco continentes trabajan por la renovación del lenguaje estético: cotejar las experiencias e intercambiarlas generosamente para el recíproco beneficio. De otra parte, el público de la capital francesa —contra la opinión de muchos expertos, que preveían un fracaso— ha reaccionado al incentivo con verdadero entusiasmo. Ha habido representaciones que han sido



un éxito absoluto de taquilla. El cronista vio el año pasado en el tablado del Sarah Bernhardt la interpretación del "Titus Andronicus" de Shakespeare a cargo de Laurence Oliver, al Conjunto Berlinés en varios espectáculos de Bertold Brecht, y la encarnación de Frederic March de "Largo viaje hacia la noche" de O'Neill, y en todos los casos una abigarrada muchedumbre colmaba las localidades de la gran sala. Desde 1954, el telón del Teatro de las Naciones se descorre, ante la expectativa del público y la crítica, para ver piezas en hebreo, italiano, ceylanés, chino, español, griego, sueco o ruso, sin que la extrañés del idioma en que los actores se expresan signifique obstáculo alguno para el buen desarrollo de esta fiesta de la cultura.

Por supuesto que el promotor de la aludida asamblea teatral —el señor Julien— ganó para su causa, primero por medio de su simple elocuencia y de su puro entusiasmo, al Concejo Municipal de París y al Concejo General del Sena, entidades que, luego del triunfo inicial, prestaron su más decidido auxilio a la organización del festival. Este no sólo tiene un excelente resultado económico, sino que redundó en beneficio directo al turismo. El prestigio de París, una vez más, brilló en Europa y el resto del mundo. Los propios concurrentes a esta festividad —delegados de 32 países— solicitaron del gobierno de Francia un mayor apoyo, y lo obtuvieron. Fue en 1956 que quedó establecido definitivamente, tras las experiencias iniciales, el Teatro de las Naciones. Ahora se inicia el programa correspondiente a este año, y por primera vez se incluye en él un conjunto latinoamericano. Se trata del Teatro de Buenos Aires que ofrecerá, bajo la dirección de Alberto de Zavalía y la interpretación de Delia Garcés, "La Carroza del Santísimo Sacramento" de Merimec.

La consolidación de este Teatro de las Naciones obliga a pensar en el hasta ahora nonato festival latinoamericano de dicho género que, desde hace bastantes años, es un simple proyecto. Ha sido, en verdad, la desidia de las autoridades —el nefasto General Mendoza, que detentó la cartera de Educación Pública durante el régimen de Odría, rechazó el plan de reunir un congreso del teatro continental en nuestra ciudad, punto de partida para dicha cita artística— la que hasta hoy ha impedido que entre nosotros se dé, en menor escala, una empresa semejante a la del Teatro de las Naciones. Puede cualquiera estar seguro que en Lima, Santiago, Buenos Aires o Caracas la concentración de conjuntos teatrales constituiría, a más de un hecho cultural trascendental, un excelente negocio. Habrá que esperar, sin embargo, que nuestros países maduren convenientemente para que los gobiernos que los conducen tengan fe en el arte como fuente de educación y bienestar espiritual. Como en el caso del libro, prevalece aún un menosprecio hacia el público, el cual, sin embargo, llegada la hora en que se reclama su adhesión, responde por encima de todo pronóstico.